

[home](#)[contenidos](#)[contacto](#)[equipo](#)

Cuaderno de lecturas: julio 2020 [posmodernidad]

Eudald Espluga



Escribe Ágnes Heller en un ensayo extraordinario: “quien ríe y llora tiene un mundo; mientras riamos y lloremos, tendremos un mundo”.

En realidad, el texto de Heller no es un ensayo sino una conferencia, la primera de las diez que dictó en 2004 en la Universidad de Girona, y que ahora ha publicado Arcàdia editorial en un libro titulado *El món, el nostre món*. Su primera intervención giraba alrededor de una pregunta estrictamente filosófica, que Heller no llegaba a formular nunca, pero que poco a poco iba desgranando: **¿qué significa tener un mundo?**

Desde 1989, la Cátedra Ferrater Mora organiza cursos de pensamiento contemporáneo con algunas de las figuras más prestigiosas del mundo: Noam Chomsky, Agnès Varda, Eric Hobsbawm, Seyla Benhabib, Peter Singer, Jane Goodall, Zygmunt Bauman, Richard Rorty o la misma Ágnes Heller, por citar solo algunos. Yo empecé a estudiar filosofía en la Universidad de Girona cuatro años después de la visita de la profesora húngara. Por aquel entonces todavía no conocía su obra, como tampoco conocía la del italiano Gianni Vattimo, que era el invitado de ese año. Las lecciones se celebraban en octubre, apenas quince días después de empezar la carrera, y se llevaban un título fuertecito: [Fenomenología, hermenéutica, ontología de la actualidad](#). En ese momento apenas sabía nada de Heidegger, la hermenéutica, el pensamiento débil o del debate filosófico en torno a la posmodernidad, de modo que en las conferencias no entendí ni una palabra. Aún conservo

[home](#)[contenidos](#)[contacto](#)[equipo](#)

Sorprendentemente, de la octava sesión solo tengo apuntadas dos frases, sin solución de continuidad, que parece poco verosímil que Vattimo pronunciase tal cual: “el hombre es un acontecimiento histórico, una suma de interpretaciones. La muerte es el cofre del ser.”

Pero volvamos a 2004. Ágnes Heller dedicó la última de sus conferencias a la posmodernidad. La filósofa pretendía examinar con distancia y desapego las encendidas polémicas de los años ochenta entre partidarios y detractores, señalando lo que consideraba el eje fundamental del pensamiento posmoderno: su tendencia a la destotalización. Para Heller la posmodernidad conlleva un cambio de perspectiva, una disputa sobre la propia capacidad de conocimiento, que nos obliga a poner en duda la posición desde la que observamos el mundo, la relación que tenemos con él. La posmodernidad implica, por lo tanto, una apertura a la contingencia, a la pluralidad de mundos, verdades e historias, desde la finitud y la parcialidad del sujeto. **La filósofa rechaza la grosera interpretación de la posmodernidad como una fiesta de relativismo nihilista, hecha de autocoplacencia y trivialidad, que suprime todas las normas sociales y reniega de cualquier código moral que no sea el del consumismo.** A ojos de sus críticos, la posmodernidad es poco más que la traducción cultural del capitalismo financiero y la globalización neoliberal. Pero el pensamiento posmoderno -más allá de algunas de sus expresiones artísticas y culturales- nunca ha dicho “todo vale”, ni ha rechazado las posiciones emancipadoras, negando de toda acción política posible. Escribe Heller: “visto desde la perspectiva destotalizadora de los posmodernos, el mundo es frágil, y apenas sabemos nada de su futuro. Esta es otra razón para creer que la acción, al decisión y la evaluación pueden ser relevantes.”

Hoy estamos viviendo una nueva querella contra los posmodernos. Cada vez que alguien escribe un artículo o un hilo de Twitter en contra de los “posmos” siento un fogonazo de vergüenza ajena. Es terrible, pero no puedo apartar la mirada. Me pasa como con los antiguos programas de *Impacto TV* que se dedicaban a emitir aparatosos accidentes de coche, deflagraciones de edificios, explosiones inesperadas. La diferencia es que allí nadie acababa muerto o malherido: intelectualmente hablando, no puede decirse lo mismo de nuestros críticos de la posmodernidad.

¿Podemos pensar en la posmodernidad sin pensar en la muerte, en la conciencia de nuestra propia vulnerabilidad? Dicho así suena raro, pero algo de esto debía estar diciendo Vattimo cuando yo apunté “la muerte es el cofre del ser”. El filósofo italiano ha sido uno de los mejores intérpretes y divulgadores de la idea heideggeriana del ser para la muerte, es decir, de la idea que los humanos somos constitutivamente insuficientes, abiertos al tiempo, limitados por la finitud, condenados a una experiencia contingente del mundo. En 1983, Gianni Vattimo publicó *El pensamiento débil*, libro en el que utilizaba todas estas ideas para exponer su visión de la posmodernidad: **la caída de los grandes metarrelatos, que era como Lyotard había empezado a definir la posmodernidad, tenía que ver con la apertura del pensamiento a una multiplicidad “débil”, a un pluralismo ético y ontológico, que no debía entenderse como debilidad de convicciones**, como claudicación frente a toda pretensión de verdad, como pasotismo derrotista e irónico, sino como reacción a los relatos metafísicos que creían que podían explicar el fundamento último del mundo.

[home](#)[contenidos](#)[contacto](#)[equipo](#)

su vulnerabilidad.”

También Ágnes Heller habla de muerte, vulnerabilidad compartida y de la necesidad de acabar con la ficción filosófica del hombre autárquico, que puede vivir de forma absolutamente independiente, sin la ayuda de los demás. A todo esto se refiere cuando utiliza la expresión “tener un mundo”: “tenemos un mundo cuando participamos en los vínculos de dependencias emocionales recíprocas”. Para Heller, vivir significa compartir necesidades, y tenemos necesidades en la medida que nuestros cuerpos son frágiles y están expuestos a la muerte. **Tener un mundo significa aceptar que nunca podremos conquistar la realidad en sí misma, que siempre habrá alguna tensión entre nosotros y lo que nos rodea, que nunca habrá un encaje perfecto entre nuestra experiencia y el todo: tener un mundo no significa lo mismo que conocer el mundo.** Escribe Heller: “el ajuste no tiene nunca buenos resultados si no deja alguna línea de ruptura. Queda una tensión. En la mayor parte de nuestra experiencia del mundo convivimos con esta tensión, que se expresa mediante la risa y el llanto, y que también desaparece con ellos. [...] En ambos casos expresamos la incapacidad de entender esta tensión. Pero tendremos un mundo, y el mundo nos tendrá a nosotros. Pasamos de ser extraños a ser cautivos. Esto quiere decir que solo podemos abandonar el mundo cuando morimos.”

El 19 de julio del año pasado, Ágnes Heller salió a pasear por Balatinalmádi, localidad a unos cien kilómetros de Budapest, y se adentró nadando en las aguas del lago Balaton. Nunca volvió. Sus amigos la esperaron en vano en la casa de veraneo de la Academia de las Ciencias de Hungría. Jürgen Habermas, amigo de la filósofa, se despidió con estas palabras: “ella no habría hecho ninguna lectura romántica [de su final]; pero, si se me permite tener un pensamiento de consolación, creo que habría preferido morir justamente de esta manera, de un golpe inesperado de la muerte.”

¿Podemos leer el tratamiento afectuoso que Ágnes Heller dispensa al pensamiento posmoderno como una consecuencia más o menos directa de su antropología relacional? Leyendo en paralelo ambas conferencias, parece evidente que la destotalización posmoderna combina muy bien con su visión del mundo como un juego de dependencias emocionales recíprocas, siempre abierto a la contingencia y a la muerte. “Como ya hemos dicho”, puntualiza Heller, hablando de la pluralidad de mundos que pueden habitarse y ser habitados por una misma persona, “me refiero a diferentes formas de vida con sus diferentes convicciones sobre la verdad y la falsedad, la bondad y la maldad, la justicia y la injusticia, y en especial sobre lo sagrado y lo profano.”

El deseo no se puede excluir de este juego de dependencias y relaciones mediante las que llegamos a tener un mundo. Pensaba en ello mientras leía *Caliente*, un ensayo todavía inédito de Luna Miguel, donde entre muchas otras cuestiones relacionadas con el cuerpo, el placer y la escritura, se plantea la posibilidad de pensar la vulnerabilidad como en una condición habilitadora, capaz de generar belleza y pensamiento -las palabras son de Paul B. Preciado-, y no como una debilidad, una falta o una insuficiencia. **Luna destaca la relación entre vulnerabilidad y exposición a la mirada de los demás, haciendo una genealogía literaria de aquellas autoras que han problematizado el deseo sexual a la luz de estas ideas,**

[home](#)[contenidos](#)[contacto](#)[equipo](#)

tranquilizadora?

Si le hicieramos estas mismas preguntas a Ágnes Heller, supongo que su respuesta sería algo así: tener un mundo también significa vivir en la tensión de sus límites, entre la risa y el llanto, sin dejar que esa tensión se convierta en abismo.

Cuando decidí empezar a escribir un diario de lecturas, no sabía qué forma darle. Quería que fuese un texto fragmentario que aglutinara comentarios críticos, citas que me hubieran gustado, reflexiones propias y todo tipo de intuiciones, incluso anécdotas autobiográficas, casi como si fueran las ideas que habitualmente voy apuntando en el cuaderno de notas del móvil. No fue hasta que leí *Caliente* que entendí cómo podía encajar todas las piezas que ya tenía: esta estructura por puntos es una copia, una imitación.

A propósito de la importancia del formato, recuerdo las palabras de César Aira: “un mínimo de experiencia enseña que la idea no será realmente una idea hasta que esté redactada, pero igual uno se aferra a creer que es una idea ya, y por serlo es una buena idea, en ese formato sin sintaxis, sin las palabras justas y en orden.”

Explica Ánges Heller que si el debate sobre la posmodernidad llegó a interesarle fue gracias a su amigo David Roberts, “un conversador entusiasta”, que especialmente cuando se trataba de arte, le obligaba a tomar partido: “él necesitaba persuadirme, aunque fuera solo para que yo fuese capaz de escuchar, de mirar, de estar atenta. Lo hizo no solamente con argumentos. Me dejó escuchar grabaciones -por ejemplo, *Einstein on the Beach*- y nos compró entradas para ir a ver teatro experimental; me hizo escuchar, me hizo mirar. Y se salió con la suya”.

¿Cuántas ideas nacen de esta tensión junto a otras personas, de la necesidad de explorar conjuntamente la risa y el llanto, de la imposibilidad de compartir mundo sin romper las paredes del nuestro? Escribe Heller: “las puertas del mundo están abiertas. Podemos ir de un mundo a otro, entrar a ver diferentes mundos. Pero nuestra vida tiene fronteras, y por lo tanto nos debemos autolimitar las excursiones de un mundo a otro. Posiblemente, también hoy, la sabiduría tiene que ver con algún tipo de autolimitación. No sacrificamos el cuerpo por el alma, pero de todos modos debemos sacrificar alguna cosa: un mundo o el otro.”

Recuperar la obra de Ágnes Heller es importante por muchos motivos, pero creo uno de los más relevantes es que permite abordar el pensamiento posmoderno desde una perspectiva menos caricaturesca de lo que es habitual, y sin tener que recorrer a las tesis posestructuralistas. Quizá mi lectura retuerza un poco sus palabras; no mucho, pero lo suficiente para ajustar su visión de la posmodernidad a una antropología de la dependencia, y conectar así su obra con la de Alasdair MacIntyre, Martha Nussbaum, Chantal Maillard,

HE LLEGIT NO SÉ ON

EVA
PIQUER

A l'atzar no agraeixo tres dons

"De la història d'una vida, tal vegada no en puguem aprendre les respostes, però sí a fer diagnosis i preguntes", deia Ágnes Heller

La filòsofa que va sobreviure a l'Holocaust i es va morir nedant

Ágnes Heller (Budapest, 1929 - Balatonalmádi, 2019) va néixer jueva, hongaresa i dona, "tres identitats que ja llavors no auguraven res de bo". No són tres dons que ella agraiés a l'atzar, perquè les contrapartides pesaven massa, però sí que la devien tornar tres voltes rebel. I tres voltes lliure.

El mateix any que va entrar a l'institut, va esclatar la Segona Guerra Mundial. Aquella nena de deu anys havia desitjat fortament que hi hagués una guerra, convençuda que seria l'única via de frenar el nazisme. "És en virtut d'aquest meu desig de guerra, tan poderós, d'aquesta experiència, que no he pogut ser mai una pacifista".

L'abril del 1944, el pare d'Ágnes Heller va ser arrestat per la Gestapo perquè havia pres part en un grup d'ajuda als refugiats. El juny del 1944 el van deportar a Auschwitz. "No oblidaré mai el dia en què, durant hores i hores, vam estar amb la mare pendents de tots els ascensors que s'aturaven al nostre replà, amb la tènue esperança que el pare arribaria en un d'ells. No ho va fer mai".

Per una barreja d'instint i fortuitat, la seva mare i ella van sobreviure a l'Holocaust. "Tothom que va sobreviure ho va fer per accident. [...] En realitat, van matar en mi, i per sempre, la por a la mort". Enlluernada per Madame Curie, Ágnes Heller va entrar a la universitat per estudiar-hi ciències, però va saltar cap a la filosofia gràcies a György Lukács, de qui va ser alumna. Es va fer sionista i, després, comunista. I després, res. "A par-

ÁGNES HELLER



PERE TORDERA

tir del 1949 el meu país va restar subjecte a la forma bolxevic de dictadura totalitària. [...] La decepció és un procés lent. No és fàcil abandonar les esperances ni els autoenganys que hem sostingut durant temps".

Havent dit adeu a tots els ismes, la filòsofa va acabar emigrant a Melbourne i a Nova York, i no va retornar a la seva Hongria natal fins després de la caiguda del mur de Berlín. Va passar l'últim terç de vida fent cursos i conferències. Fruit d'això és el més que recomanable llibre *El món, el nostre món*, que ha publicat Arcàdia i que aplega les Lliçons Ferrater Mora que Ágnes Heller va impartir a la Universitat de Girona el juny del 2005 –traduïdes per Joan Vergés Gifra i Maria Vicenta Lucas Català–, juntament amb una conferència sobre la felicitat que va pronunciar també a Girona i amb un text autobiogràfic que Heller va lle-

gir a Amsterdam el 2016, com un testimoni de la història del segle XX. El que, obviament, no podia explicar aquell text és que el 19 de juliol del 2019, una Ágnes Heller de noranta anys s'endinsaria al llac Balaton i es posaria a nedar i nedar i nedar. Si algú l'hagués estat esperant tal com ella havia esperat el seu pare al replà de casa, pendent dels ascensors que s'hi aturaven, hauria obtingut la mateixa resposta. Hellen no va tornar mai més a tocar terra.

El mètode infal·lible d'aprendre alemany mentre et fuetejen

L'estiu del 1979, una nena de deu anys que es deia Anna Sàez Mateu va aprendre una paraula complicada. En castellà, perquè era la llengua en què s'emetia la sèrie: *Holocausto*. Unes noies un pèl més grans li van assenyalar una porta i li van dir: "Aquí hi vivia un home que va estar a Auschwitz". L'home, de fet, havia estat a Mauthausen: l'infern era el mateix. L'Anna en rescata la història, així com la d'aquell altre supervivent dels camps nazis, Antoni Mir, que s'esforçava per ser un testimoni precís de l'horror. No havia oblidat els números en alemany, perquè quan el fuetejaven portaven el compte en aquest idioma.

Anna Sàez encaixa retalls de vides en ellílibre *Batre records* (Fonoll). És un recull de les columnes setmanals que escriu al diari *Segre*, i és un passeig esplèndid per la memòria d'un poble, d'una època i d'una gent que ens ha precedit. Mirar enrere és gairebé una obligació dels qui, com deia Ágnes Heller, "hem estat llançats" al món, el nostre món. 



ELS LLIBRES I LES COSES

**IGNASI
ARAGAY**



Agnès Heller és una filòsofa aguda i honesta, conscient que sentir i pensar van sempre de bracet: "Així com no hi ha cap emoció sense un aspecte cognitiu, tampoc no hi ha cap impuls cognitiu o motivació que estigui buit de sentiments". No dissimula la influència de la seva biografia en la seva obra. Hongaresa d'ascendència jueva, va ser víctima tant del totalitarisme nazi com del comunista. "Els mateixos acudits que vaig sentir de petita sobre Hitler, els vaig sentir de jove sobre Stalin", recorda.

Va morir l'estiu passat, als 90 anys, mentre nedava al llac Balaton. El seu pensament queda concentrat al llibre *El món, el nostre món*, fruit de les lliçons que va impartir a la Càtedra Ferrater Mora de la Universitat de Girona, publicat per Arcàdia i traduït per Joan Vergés, director de la càtedra. Heller creu que només podem viure plenament si som capaços de riure i plorar, la nostra manera d'expressar les dependències emocionals, és a dir, la tensió de ser al món, la tensió de crear-nos el nostre món a cavall entre el pragmatisme de la vida quotidiana i alguna mena d'espiritualitat (sigui religiosa, artística o filosòfica).

Heller explica que la condició clau de l'ésser humà modern és la llibertat d'escollir i, en termes socials i polítics, la igualtat d'oportunitats. Però ni una cosa ni l'altra no porten a la felicitat. De fet, la fan més difícil: ja no hi ha creences absolutes (ni religió ni ideologies) ni

Pr: Diaria
Tirada: 22.945
Dif: 13.883

Ric i ploro: llavors existeixo



PERE TORDERA

**AGNES HELLER:
"PERQUÈ TINGUI
SENTIT LA VIDA SENSE
REFLEXIÓ CAL UNA
ACTIVITAT FRENÈTICA"**

formes d'organització social incondicionalment acceptades. Mana l'individu i la possibilitat de canviar: "L'home fa una obra d'art de si mateix", és el seu propi creador, el seu déu. "L'ètica dominant de la modernitat és l'ètica de la personalitat". I en aquesta capacitat de triar, de decidir, de fer-nos, en aquesta ambivalència, hi ha tota la càrre-

ga de grandesa i tragèdia: "La majoria d'experiències de la vida comporten tant plaer com dolor, i les que en comporten més, com l'amor, són les més significatives".

La modernitat, segueix Heller, és el món de l'heterogeneïtat i el politeisme (les persones no som un tot homogeni, som diferents) i podem viure en més d'un món), i és una societat funcionalista (cadascú segons la seva funció, no segons el seu origen). En comptes de preguntar-nos per essències ens preguntem per funcions. No diem qui soc sinó què puc fer. En termes comparatius respecte dels temps premoderns: "Hem perdut la certesa, l'absolut, la fe, la relació immediata amb la naturalesa, la comunitat; hem guanyat una major esperança de vida, la possibilitat de viure en una democràcia liberal, la racionalitat, la ciència, la posició de les dones..." I en tot cas, no podem tornar al passat. Els fonamentalismes involutius són una reacció a la modernitat i no poden escapar-se'n.

Tot això no treu, però, segons Heller, que les grans preguntes existencials pròpies de la metafísica no segueixin vigents per evitar la condena de l'agitació permanent: "Aconseguir que la vida tingui sentit sense reflexió personal, sense espiritualitat, requereix una activitat constant i frenètica". Llavors, quin és l'home decent, la vida bona? El de sempre. El que, seguint Sòcrates, creu que és millor patir una injustícia que cometre-la.♦



ASSAIG —

ÁGNES HELLER ÉS FILLA D'ANTONI GAUDÍ

Jordi Graupera

Ningú amb sensibilitat per les preguntes més grans que la seva època no hauria de perdre's les lliçons que la cèlebre filòsofa Ágnes Heller (1929-2019) va dictar a la Universitat de Girona l'any 2005 —recent publicades. Per entendre per què no s'ha deixat entabancar mai, proposo llegir *El món, el nostre món* (Arcàdia) de Heller a la llum de *La visió artística i religiosa d'en Gaudí* (Quaderns Crema) de Francesc Pujols. La filòsofa hongaresa va néixer quan Gaudí tot just es moria, a l'Europa que ja comptava amb la Sagrada Família i amb l'esforç de Pujols per fer-ne l'inici d'un nou món. Tots tres han sobreviscut a la desfeta posterior sense poder ser capturats del tot per cap violència ni cap feblesa. Formen un mateix món.

Ágnes Heller hi defensa la idea que la nostra humanitat es concreta quan construïm mons de sentit que parteixen de la nostra experiència més íntima. Que la vida consisteix a anar saltant de món a món, fent-los xocar i de vegades superposant-los, en un continu que va d'allò més propi a allò més aliè. Que la nostra és una vida llançada al món social, començant per la família que ens educa o la tribu que ens socialitza, i acabant per totes les coses que, quan les vivim, ens recorden que portem la història i les seves desfetes al damunt de les espatlles.

A l'Ágnes Heller li hauria encantat Francesc Pujols perquè en molt poques pàgines ensenya exactament què és construir un món sobre les desfetes de la modernitat d'entreguerres. Gaudí hi apareix com un obstacle magnífic davant de l'avenç de la «destotalització», que és el terme que Heller fa servir per referir-se a l'esmicolada de la postmodernitat: l'esmicolada de la religió, de la veritat, de l'art.

L'assaig de Pujols explica que Gaudí creia que la diferència entre un temple grec i un de gòtic era la mateixa que entre l'Orestes d'Esquil i el Hamlet de Shakespeare. Tots dos volen venjar el pare assassinant la mare. I tots dos dubten. Però el dubte d'Orestes és tot exterior —davant el retret de la mare, li pregunta a Pilades si ha de matar-la o no, i quan aquest li diu que sí, l'executa—, mentre que el de Hamlet és tot interior —metafísic: ser o no ser—. Així, el temple grec té tota la llum a fora i el temple gòtic tota la llum a dins. Heller és única fent comprendre com en aquesta tensió entre el





«Ágnes Heller defensa la idea que la nostra humanitat es concreta quan construïm mons de sentit que parteixen de la nostra experiència més íntima. Que la vida consisteix a anar saltant de món a món, en un continu que va d'allò més propi a allò més aliè»

de dins i el de fora hi rauen els nostres conflictes més permanents. En ella, aquesta comprensió esdevé una eina que permet conviure-hi sense els dessassossec del darrer mig segle.

Quan Pujols retreu a Gaudí haver construït un temple gòtic en comptes d'un de grec, Gaudí li ofereix una de les respostes més vives de la història de l'art: que la Sagrada Família és un temple grec —el temple que haguessin fet els grecs si haguessin continuat essent ells mateixos al llarg dels segles. Pujols no se'n sap avenir: però si l'art grec ja és un cim perfecte! El que vol dir Gaudí és que per ser fidel a la llum del Mediterrani com els grecs d'ahir, hom només pot ser el que és avui. Per Pujols, la virtut del temple de Gaudí és que inaugura un món nou sense saber-ho del tot, que fa brollar d'una tradició esmicolada, refeta en trencadís.

En Gaudí de Pujols respon a la modernitat fonent allò domèstic amb allò sagrat, ve de la casa i apunta a un món de mons. Assenyala una tensió de Heller: «el meu món és l'espai vital on entenc el que pensen els altres, on puc llegir-los les cares, on no sempre estic pendent d'escollar, on no m'avergonyeixo.» I alhora, «estem obligats a viure en més mons, a deixar un món enrere i penetrar-ne un altre.» Quan Heller diu que li preocupa la mort de la metafísica, vol dir que ens ha d'importar refer aquest estrip. Però una cosa es veu llegint aquests dos assajos junts: que Heller no s'hagi deixat entabancar per les banalitats del seu segle, i hagi trobat la creativitat per sargir-lo, prové de la força cultural de genis com Gaudí —potser de Gaudí mateix, pels camins misteriosos del Senyor.

Ágnes Heller és filla d'Antoni Gaudí

Jordi Graupera



Il·lustració d'Oriol Malet

LA TREVA DE L'ESTIU

Ágnes Heller mira els dogmàtics a la cara i els canvia el tema de conversa. Aquesta frase la vaig escriure fa deu anys sortint d'una de les seves últimes classes i l'he tornada a dir en veu alta aquest estiu mentre llegia uns assajos acabats de publicar en català sota el títol *El món, el nostre món* (Arcàdia, 2020). És notícia: són les lliçons que l'hongaresa va dictar a la Universitat de Girona l'any 2005, sota l'epígraf «Lliçons Ferrater Mora». Són extraordinaris, i si el món de la gent que llegeix del país els mastegués ben mastegats, la nostra conversa milloraria considerablement. Dic del país perquè són en català i producte de la vida cultural d'aquí, però ningú amb sensibilitat per les preguntes més grans que la seva època no se'n hauria de perdre. Són destil·lats d'una vida sincera dedicada a fer pensar els altres i tenen to d'última paraula. Hi són convocats tots els grans autors —els grans amors— i les grans idees de la seva vida, que hi apareixen com a pinzellades d'un sol traç, sense pedanteries ni reverències, per assenyalar alguna cosa important o conjurar un imaginari.

La raó per la qual mira els dogmàtics a la cara és perquè la filòsofa no defug cap dels grans temes que eleven una qüestió. Al contrari: s'hi enfila fins a arribar a la gran qüestió del nostre temps, que és la manca de sentit, i la manca d'eines per parlar del sentit. Els dogmàtics viuen d'aquesta carència —sempre ho han fet—; viuen de la necessitat de trobar una manera robusta de conviure amb el fet que tota experiència humana és també una experiència de pèrdua i trencament, de solitud i frustració.

La vida, com més va, més ensenya que no sabem com gestionar aquesta escissió: que l'experiència de canvi, decadència i corrupció és tan present que ocupa tot el primer pla de l'experiència, i que, alhora, no sabem com desfer-nos de la sensació i anhel d'eternitat que tenen tots els horitzons d'aquesta mateixa experiència. De la natura a la història, de la interioritat

a la vida social, tenim eternitats per tot arreu. La primera ve quan ets nen: és la comprensió de la repetició de les estacions, que es fa més lenta i profunda a cada primavera que passa, colgada de les coses més superficials —el gust de la fruita d'estiu, la litúrgia del nòrdic, la libido d'abril i la urbanitat de la roba d'octubre. Però l'experiència d'eternitat més persistent, i cada cop més abismal, és l'atemporalitat de la vida interior, de l'espiritualitat, de l'art.

Els dogmàtics viuen d'aquesta tensió i hi introduceixen un contrapès de granit: la lògica del dogma s'imposa sobre la vida i així l'amaneix o directament l'elimina.

I els canvia el tema de conversa perquè no es deixa entabancar per cap de les modes que capfiquen a tants autors contemporanis i que els porten a omplir els seus textos d'*excusatio non petita* per deixar ben clar d'entrada que són fills canònics del seu temps. Són tots immaculats productes de la teoria crítica, del feminismisme de tercera onada, de la lluita contra el canvi climàtic, i de la lògica segons la qual la posició des de la qual es parla és més rellevant per a la veritat que allò que es diu, fins i tot que la voluntat de veritat. Hom diria que miren a banda i banda abans d'asseure's a pensar, com si anessin a travessar el carrer.

I això que la vella Heller és totes aquestes coses i més. Com es llegeix en l'assaig autobiogràfic que tanca el llibre, és deixeble del marxista Lukács, d'esquerres, pluralista, ecologista, i, si la perspectiva importa, supervivent de l'holocaust, exiliada de l'estalinisme i dona jueva i hongaresa de metre cinquanta. Però no entra en cap d'aquests debats per la porta que els dogmàtics han construït com si fos l'*Imaginàrium*. Si de cas en respon totes les preguntes fonamentals mirant cap a una altra banda —per la porta gran. Això és, els obliga a canviar el tema de conversa.



«Ágnes Heller defensa la idea que la nostra humanitat es concreta quan construïm mons de sentit que parteixen de la nostra experiència més íntima. Que la vida consisteix a anar saltant de món a món, en un continu que va d'allò més propi a allò més aliè»

Passa el mateix amb els que a primera vista pensen diferent d'ella, sobretot si són els seus suposats enemics: se'ls pren seriosament, no els permet magrejar les grans idees o propòsits, els arrossega cap a les qüestions fonamentals, i els obliga a defensar les últimes conseqüències dels seus posicionaments. Els canvia el tema de conversa per un de millor.

Per aquest motiu penso que li agradarà llegir *La visió artística i religiosa d'en Gaudí* (Quaderns Crema, 1996), de Francesc Pujols. Per comparar *El món, el nostre món*, de la filòsofa hongaresa i el clàssic del filòsof de Martorell, n'hi ha prou de recordar que Heller va néixer quan Gaudí tot just es moria, a l'Europa que ja comptava amb la Sagrada Família i amb l'esforç de Pujols per fer-ne l'inici d'un nou món. Tots tres han sobreviscut a la desfeta posterior sense poder ser capturats per cap violència ni cap feblesa. Formen un mateix món.

Ágnes Heller defensa la idea que la nostra humanitat es concreta quan construïm mons de sentit que parteixen de la nostra experiència més íntima. Que la vida consisteix a anar saltant de món a món, fent-los xocar i de vegades superposant-los, en un *continuum* que va d'allò més propi a allò més aliè. Que la nostra vida natural és una vida llançada al món social, començant per la família que ens educa o la tribu que ens socialitza, i acabant per totes les coses que, quan les vivim, ens recorden que portem la història i les seves desfetes al damunt de les espalles.

Li hauria encantat l'assaig de Francesc Pujols perquè en molt poques pàgines hi ensenya exactament què és construir un món sobre les desfetes de la modernitat d'entreguerres. Gaudí hi apareix com un obstacle magnífic davant de l'avenç de la mediocritat i de la «destotalització», que és el terme que Heller fa servir per referir-se a l'esmicolada de la postmodernitat: l'esmicolada de la religió, de la veritat, de l'art.

L'assaig de Pujols explica que Gaudí creia que la diferència entre un temple grec i un de gòtic era la mateixa que entre l'Orestes d'Esquil i el Hamlet de Shakespeare. Tots dos volen

venjar el pare assassinat la mare. I tots dos dubten. Però el dubte d'Orestes és tot exterior —li pregunta al seu company, davant el retret de la mare, si ha de matar-la o no, i quan aquest li diu que sí, l'executa—, mentre que el de Hamlet és tot interior —metafísic: ser o no ser—. Així, el temple grec té tota la llum a fora, i el temple gòtic tota la llum a dins. Heller hauria pres aquesta reflexió com un exemple ineludible, l'hauria citat i refet fins a dir prou, i l'hauria convertit en la referència per comprendre com en aquesta tensió entre el de dins i el de fora hi rauen els nostres conflictes més permanents d'avui.

Quan Pujols retreu a Gaudí haver construït un temple gòtic en comptes d'un de grec, Gaudí li ofereix una de les respostes més vives de la història de l'art: que la Sagrada Família és un temple grec —el temple que haguessin fet els grecs si haguessin continuat essent ells mateixos al llarg dels segles. Pujols no se'n sap avenir: però si l'art grec ja és un cim acabat en ell mateix! Què fa Gaudí defensant una decadència! Ell que és l'únic arquitecte que fa catedrals活s, quan tots els altres les fan mortes! El que vol dir Gaudí és que per ser fidel a la llum del Mediterrani com els grecs d'ahir, hom només pot ser el que és avui. Gaudí vol fer rebrotar la llum en l'exterioritat divina i porosa —i policromada— de la catedral del Camp de l'Arpa, expiació dels pecats de la modernitat. Per Pujols, la virtut del temple de Gaudí és que inaugura un món nou sense saber-ho del tot, que fa brollar d'una tradició esmicolada, refeta en trencadís.

Quan Gaudí assenyala l'eternitat, Pujols li reclama el futur. Gaudí respon a la modernitat fonent allò domèstic amb allò sagrat, ve de la domesticitat i apunta a un món de mons. Pujols l'usa per assenyalar una tensió de Heller: «el meu món és l'espai vital on entenc el que pensen els altres, on puc llegir-los les cares, on no sempre estic pendent d'escollar, on no m'avergyoneixo.» I alhora, «estem obligats a viure en més mons, a deixar un món enrere i penetrar-ne un altre.» Quan Heller diu que li importa la mort de la metafísica, vol dir que li importa refer aquest estrip. Quan diu que els grans temes metafísics, avui menyspreats per la turba acadèmica, són reflexos de les nostres preocupacions atàviques i que per aquest motiu les eines de la metafísica no són només eines pragmàtiques per fer teràpia, sinó fonts de significat, està assenyalant aquesta llum exterior que Gaudí reclama per a ell mateix, sense renunciar a l'ombra gòtica, lluent com un pa sucat amb oli, que Pujols hi veu en la pulsió religiosa i obsoleta de Gaudí. Una cosa es veu llegint aquests dos assajos junts: que Heller no s'hagi deixat entabancar per les banalitats del seu segle, i hagi trobat la creativitat per sorgir-lo, prové de la força cultural de genis com Gaudí —potser de Gaudí mateix, pels camins misteriosos del Senyor.

Heller pot comprendre les preocupacions espirituals que ens assoten, sense capificar-se per cap de les modes que tenallen el pensament contemporani, perquè sap tractar els problemes filosòfics més enrevessats de manera que expressin els nostres conflictes més íntims i permanents. Heller, Gaudí i Pujols formen la mena de conversa que ens urgeix perquè la seva força es basa a construir mons on es pot viure seriosament. El seu món és el nostre.